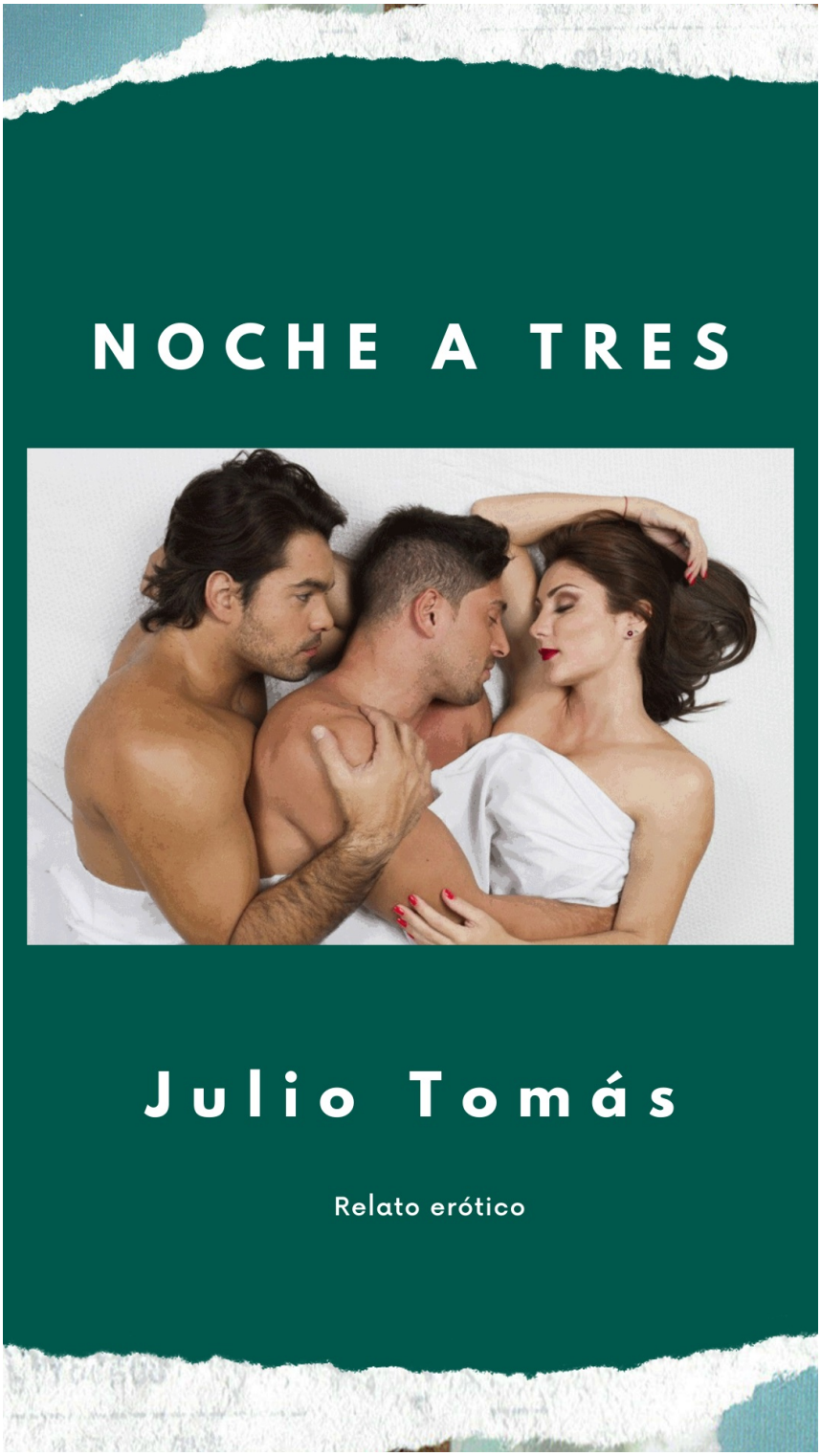
# Noche a tres (+18 años)

Julio Tomás



# Capítulo 1

Entramos en la habitación y Pedro puso la tarjeta en la ranura para encender las luces, que permitieron ver una habitación de hotel funcional, no muy grande.

Esther dejó caer su chaqueta al suelo, se apoyó en la pared y se acercó a Pedro para besarle apasionadamente mientas me miraba. Yo había entrado detrás de ellos y estaba en el pequeño pasillo que forma la entrada al baño en casi todas las habitaciones de hotel.

Veía las manos de Esther tocar el cuerpo de Pedro y las manos de Pedro que recorrían el de Esther. Yo me quedé mirando, inmóvil. Una parte de mí no quería mirar, pero no iba a apartar la mirada, había subido a la habitación justamente para esto.

Esther se quitó por la cabeza la camiseta y dejó al descubierto unos pechos generosos en un sujetador de encaje negro precioso. Siguieron tocándose apasionadamente como si yo no estuviera al lado de ellos, Pedro seguía de espaldas a mí y Esther me seguía mirando fijamente achinando los ojos con cara de lujuria.

Pedro se apartó ligeramente y me invitó a acercarme con la mano. Me acerqué un poco, no sabía bien que reacción tendría y que es lo que yo podía hacer. A Esther y Pedro los había conocido esa misma noche. Fue Esther que me pasó las manos por la cintura y me atrajo a ella para besarme como estaba besando a Pedro hace unos instantes. Poco a poco sus manos recorrieron mi cuerpo, pero yo solo apoyé mis manos en sus caderas, no me atreví a mover mis manos por su cuerpo. Pedro se situó a nuestro lado y Esther iba alternando sus besos a Pedro y a mí. Yo empecé a mover mis manos tímidamente por el cuerpo de Esther y de vez en cuando notaba que rozaba las manos de Pedro.

Esther me cogió una mano y la puso encima de su pecho y gimió ligeramente. Eran unos pechos blanditos pero turgentes, grandes y el sujetador los levantaba y juntaba provocando un escote precioso. Yo estaba totalmente empalmado y restregaba en ella el bulto que se había formado en el pantalón.

Pedro se sacó la camiseta y la dejó caer en el suelo. Los dos debían tener unos 30 años, se conservaban en forma, no tenían cuerpos musculados pero se les notaba cuidados. Seguimos los tres entrelazados, Esther seguía besándonos apasionadamente y alternando nuestras bocas. Nos tocaba a los dos, parecía que había destinado una mano a cada uno de nosotros. Yo ya había dejado la timidez inicial y mi mano se movía entre

su culo y sus pechos.

Seguíamos de pie al lado de la puerta de entrada, no habíamos avanzado ni un metro en la habitación cuando Esther se separó ligeramente y fue hacia la cama que ocupaba prácticamente todo el espacio de la habitación. Se sentó en el borde de la cama y se quitó los zapatos ayudándose de una mano y bajando ligeramente su cuerpo. Era preciosa, muy morena y el pelo largo ligeramente rizado muy oscuro. Llevaba una minifalda de cuero y unas medias. La pude ver con algo de distancia y fue preciosa la visión de ella en sujetador en el borde de la cama.

Pedro se acercó dónde estaba ella y ella le pasó unas manos por la cintura y le besó la barriga mientras él le pasaba las manos por la cabeza. Pedro volvía a situarse de espaldas a mí. Vi que Esther desabrochaba el pantalón de Pedro y le pasaba las manos para dejarlo caer al suelo. Pedro se quedó en calzoncillos y se sentó en la cama al lado de Esther mientras se desabrochaba los zapatos y se quitaba los pantalones. Esther me miró y sonrió, invitándome a acercarme y repitió exactamente la misma escena. Estaba tan excitado que cuando cayeron mis pantalones el pene estaba totalmente empalmado debajo de los calzoncillos y una mancha de humedad que me avergonzó ligeramente cuando vi a Pedro que no le quitaba la vista, pero me quedé de pie delante de Esther pues pensé que se metería mi pene en su boca. Pero en lugar de eso ella se levantó:

— Lo siento, lo siento — dijo riendo — es que me estoy meando.

Me senté en la cama para no quedarme delante de Pedro con la polla tiesa y aproveché para quitarme los zapatos y los pantalones. Pedro me miro y sonrió:

— Bueno, aquí estamos — dijo para romper el silencio que se había formado entre nosotros.

— Tu tranquilo... — siguió diciendo levantando los hombros para no darle importancia — ...déjate llevar.

Yo me quedé totalmente mudo. Estábamos los dos en calzoncillos esperando sentados en la cama que viniera una chica para follar con los dos... era la primera vez que me sucedía esto y no tenía tan claro si al final esa noche acabaría mal. Me había encontrado a Esther y Pedro en una discoteca esa misma noche. Yo estaba con unos amigos de fiesta y me había fijado que los dos no me habían dejado de mirar, pero fue Pedro que se acercó a mi cuando fui a pedir una copa a la barra. Era muy simpático y en un rato de conversación se acercó Esther. Estuvimos charlando animadamente, desinhibidos por el alcohol y enseguida se hizo un buen clima en la conversación, aunque miraba de reojo el precioso escote de Esther, no hubo en un buen rato nada que pudiera presagiar lo

que sucedería a continuación.

Fue Esther que en un momento dado, me pregunta directamente si me gusta su escote. Toda mi seguridad se esfumó y traté de localizar por el rabillo del ojo a mis amigos por si se complicaba la situación, pero los dos me sonrieron. Tenían cara de buenas personas y nada agresivas. Como no contesté, me volvió a hacer la misma pregunta. Ahora no tenia escapatoria:

— Precioso — logré decir y Pedro asiente con la cabeza.

— ¿Te apetecería venir con nosotros dos para tener sexo? — me dice ella. Pedro sigue con su copa en la mano, sonriendo, muy tranquilo y asintiendo con la cabeza.

— Te explico — Dice Pedro — llevamos un rato viéndote y nos ha apetecido poder tener sexo los tres. Es algo que hacemos de vez en cuando, eso nos da vidilla a nuestra relación.

Yo me envalentoné con el alcohol, con el escote de Esther y que llevaba ya demasiado tiempo aburrido con el sexo.

— No sé, nunca lo he hecho así... pero ¿por qué no? — La decisión fue rápida y fácil.

Pedro cogió el móvil y dijo que estaba buscando un hotel por allí cerca a buen precio. Apuramos nuestras copas, me despedí de mis amigos y salimos los tres de la discoteca. Ellos dos iban abrazados por la calle y Esther me dio la mano mientras andábamos hacia el hotel. La cabeza me daba vueltas excitado por lo que me iba a encontrar esa noche.

# Capítulo 2

Esther salió del baño y nos miró a los dos sentados en la cama.

— Pero bueno, ¿es que vosotros no habláis?

La situación era cómica, dos de conocidos en calzoncillos sentados en el borde de la cama esperando. Nos reímos los tres y consiguió romper el hielo. Esther se desabrochó la falda delante nuestro y la dejó caer. Tenía un tanga de encaje a juego con el sujetador y unas medias oscuras que le cubrían las piernas. Se sentó entre nosotros dos riendo y moviendo el culo ligeramente para hacer sitio y Pedro y yo nos separamos.

Empezó a besar a Pedro y cayeron hacia atrás. Pude ver el cuerpo de Esther tumbado en la cama disfrutando de los besos y las caricias de Pedro. Estaba muy excitado mirando como se movían y se tocaban delante mío. Esther me miraba de vez en cuando. En un primer momento yo no me atreví a participar y me apoyé en mi codo para echarme ligeramente hacia atrás para ver la escena en su conjunto.

Volvió a ser Esther que me invitó con una mano y yo me acerqué para besarle en la boca. Pedro había bajado su cabeza y le estaba dando besos en los pechos aun cubiertos por el sujetador. Después Pedro subió y yo para apartarme de él bajé para acercarme a sus pechos. Se notaba que Esther estaba disfrutando mucho, gemía y se retorcía y se reía y nos tocaba con sus manos a los dos.

— Parar, parar por favor — Esther se incorporó riendo. Se movió el pelo intentando arreglarlo y se quitó las medias. Eso nos dio un respiro a los tres. Mi excitación era brutal y me notaba los calzoncillos mojados que me avergonzó de nuevo, eché una ojeada a los calzoncillos de Pedro y curiosamente ver sus calzoncillos abultados me excitó. Esther sentada en la cama se quitó el sujetador. Observé su espalda y un pecho de lado, que con la luz indirecta que había en la habitación me pareció preciosa. Alargué la mano y le toqué la espalda y ella volvió a estirarse boca arriba para dejarse manosear y besar por Pedro y por mí. Fue Pedro que se movió para apoyar la espalda en la cabecera de la cama, Esther lo siguió y subió a la cama a cuatro patas dirigiéndose a Pedro. Yo pude verla por detrás, con el culo hacia mi y el tanga que le cubría apenas el sexo. No me podía creer lo que me estaba pasando y lo bien que estaba sucediendo todo. Estaba disfrutando mucho pero debía tranquilizarme un poco, debía controlar mi excitación.

Esther de rodillas encima de la cama le quitó los calzoncillos a Pedro. Vi su polla y que estaba totalmente depilado. Nunca había visto el pene erecto

de otro tío a no ser en las pelis porno y ver que no tenía ningún pelo me inquietó porque yo no lo estaba. Esther bajó la cabeza y empezó a lamer la polla y se la metió en la boca mientras Pedro gemía de puro placer. Yo trataba de respirar hondo pero no lograba tranquilizarme. Veía a Esther cambiar de velocidad y sacarla para chuparla por los lados y jugar con la punta. Las babas de Esther se juntaban con el líquido preseminal de Pedro y le dejaban hilos de baba cuando se separaba. Yo alargué la mano y toqué el culo de Esther para acariciarlo. Dio la vuelta a la cabeza para mirarme mientras con la boca mantenía el pene de Pedro en la boca. Pedro también me miró y la mano se me inmovilizó, pero Pedro me sonrió y Esther movió el culo para que siguiera moviendo la mano. Así lo hice. Me notaba el pene a punto de estallar.

Esther se acercó a mí y me besó en la boca. Noté un sabor extraño: era el sabor a la polla de Pedro y me excitó pensar en ello. Ahora ya le tocaba los pechos que se movían libremente, jugaba con el pezón y jugaba con mi mano abierta amasándolos para volver a tocar su espalda. Esther metía la mano en mis calzoncillos para tocarme el culo y subía a tocarme mis pechos y mi espalda

— Anda, vente para aquí — me susurró al oído e incorporándose me indicó con sus manos apoyar mi espalda en la misma posición que estaba Pedro. Me levanté y me quité los calzoncillos. Subí a cuatro patas a la cama y nos quedamos Pedro y yo estirados en la cama con la polla tiesa.

Esther se arrodilló delante nuestro y nos miró sonriendo. Volvía a verla y no podía dejar de pensar que era preciosa verla desnuda.

Nos cogió la polla a los dos, una con cada mano y nos empezó a hacer una paja, pero movía la mano muy poco a poco. Yo me moví inquieto, no quería correrme y los dos lo notaron porque me sonrieron. Esther se levantó de la cama y fue a su bolso y volvió a subir a la cama con una caja de preservativos.

— No te importa, ¿verdad?.

Negué con la cabeza, en esas circunstancias es cuando una mujer puede pedirte lo que quiera. Sacó uno de la cajita, rasgó el envoltorio y me lo tendió en la mano para que yo me lo colocara. En cuanto estuvo colocado, bajó su cabeza y empezó a lamerme la polla: fue sensacional notar sus movimientos, ver su espalda y sus pechos que tocaban mis muslos y cuando noté el calor de su boca en mi pene bastaron un par de movimientos dentro-fuera para que me corriese. No pude evitarlo, me dejé ir en el orgasmo más vergonzoso de toda mi vida.

# Capítulo 3

Esther había sacado mi pene de su boca en cuanto notó que me estaba corriendo y se quedó mirándolo como hipnotizada, dejando mi polla al aire, mostrando la evidencia de mi descuido y mi poco aguante y escuché un "Oohh" de Pedro y Esther al unísono.

Me avergoncé de mi orgasmo y no me atrevía a mirar a la pareja que estaba en la cama mirándome con cara de pena. Me levanté intimidado por la situación y fui al baño de un salto y cerré la puerta. Me miré en el espejo, me quité el condón que estaba colgando y me miré al espejo para decirme tonto, lo estúpido que había sido. Que no me podía creer que me hubiera pasado. Abrí la puerta del baño con la intención de salir corriendo de la habitación.

Estaban los dos apoyados en el cabecero de la cama, mirándome. Seguían desnudos, aunque Esther aun llevaba puesto el tanga. Dije algún: "Lo siento" entre dientes y me senté en la cama de espaldas a ellos y me puse los calzoncillos. Estaba avergonzado y no sabía ni que decir. Esther me abrazó por detrás apoyando sus pechos en mi espalda.

— No te vayas, quédate, aunque sea solo para mirar.

No me esperaba esta reacción y me quedé inmóvil por un momento, la vergüenza aún no se había disipado.

— Venga, por favor — me insistió Esther, pasando las manos por mi pecho y mordiendo ligeramente la oreja.

— Ya que estás aquí, quédate al menos un rato más — me insistió.

Claro que me quedé, no podía negarme a los ruegos de esa chica en esa situación.

— No pasa nada, no te preocupes, eso le pasa a cualquiera — Me dijo Pedro, que aún no había abierto la boca.

Yo me excusé de nuevo y Esther volvió a estirarse apoyándose en el cabecero de la cama. Yo seguía sentado en el borde de la cama con el cuerpo y la cara ligeramente girados para observarlos. Pedro se incorporó y empezó a besarle los pechos recorriendo su cuerpo y fue bajando hasta que le sacó el tanga. Ahora veía que Esther también estaba totalmente depilada. Flexionó las rodillas y Pedro bajó hasta meter su lengua en el coño. Esther alargó una mano para coger la mía y así agarrados de la mano Esther no dejaba de mirarme mientras Pedro hundía la cabeza entre sus piernas. Esther se retorcía en la cama mientras me apretaba mi mano. Yo seguía sentado en el borde de la cama, viendo toda la escena a escasa

distancia, viendo y sintiendo su pasión, su deseo y como estaban disfrutando. Esther se corrió en un orgasmo lento y profundo, maravilloso. En ese momento pensé que nunca había visto un orgasmo como ese, tan disfrutado y tan vivido.

Esther me soltó la mano y Pedro levantó su cabeza, se incorporó y se estiró al lado de Esther para abrazarse.

—¿quieres venir? — Me dijo Esther

Agradecí que me dijera algo porque estaba sentado con cara de estúpido sin saber muy bien que hacer. Me estiré en la cama al lado suyo y nuestras manos volvieron a recorrer nuestros cuerpos. Ahora estaban sudados y más excitados. Notaba que mi pene volvía a coger forma y eso me tranquilizó. Esther pasó una mano por debajo de mis calzoncillos y yo me los quité. Notaba las manos de Esther recorrer mi cuerpo, pero también las manos de Pedro que me tocaban y eso no me molestaba. Eran caricias suaves pero firmes. Esther me besaba en la boca a mí y luego a Pedro, recorríamos con las manos el cuerpo de todos nosotros.

— Anda, ponte algo y sube encima mío — me dijo Esther

Me incorporé y busqué la caja de condones. Me lo coloqué y me puse encima de Esther sentado sobre su barriga con las rodillas flexionadas. Seguimos tocándonos y besándonos y Pedro seguía a nuestro lado también tocándonos a los dos.

— Hazme el amor — Me pidió Esther entre jadeos.

Miré a Pedro de reojo por lo que pudiera pasar, pero no vi ningún movimiento extraño por su parte y con las piernas me fui hacia atrás hasta situarme entre sus piernas dobladas y con la ayuda de mi mano apunté mi pene para penetrarla. Fue un polvo muy tranquilo, bombeando tranquilamente dentro de ella mientras notaba las manos de Pedro que me tocaban la espalda y el culo. Me estaba excitando notar las manos de Pedro sobre mí, sus caricias eran muy diferentes a las de Esther y creía poder distinguirlas unas de otras. Esta vez podía controlar mi eyaculación y podía follar con tranquilidad. Gemíamos los dos y nos besábamos. Pedro acercaba su cara a Esther y la besaba mientras yo seguía follado y Pedro no paraba de masajearme la espalda.

— Deja a Pedro un poquito — Me susurró Esther

Obedecí y saqué mi pene de dentro de ella me tumbé al lado de Esther y ella se giró sobre su hombro, de lado, mirándome. Pedro se situó detrás de ella y haciendo la cuchara la penetró bruscamente, dando sacudidas fuertes. Ella gemía en cada empujón sin quitar la vista de mi. Era fantástico estar a su lado viendo como follaban. Veía en la cara de Esther

el deseo y el movimiento brusco que le provocaban las embestidas de Pedro. Seguíamos tocándonos y mi mano confundía el cuerpo de Esther y el de Pedro hasta que mi mano pasó a tocar solamente la espalda y el culo de Pedro. Notaba sus músculos cuando movía las caderas y su energía en cada sacudida. Pedro me miró y acercó su cara a la mía. Yo no la aparté, esperé que la acercara más y posó sus labios sobre los míos para besarme mientras seguía embistiendo a Esther.

# Capítulo 4

Esther estaba entre nosotros dos mientras los besos fueron haciéndose más apasionados entre nosotros dos y nuestras manos iban tocando nuestros cuerpos. Pedro no dejaba de moverse dentro de Esther y la oía gemir y disfrutar.

Esther estaba entre nosotros dos mientras los besos fueron haciéndose más apasionados y nuestras manos iban tocando nuestros cuerpos. Pedro no dejaba de moverse dentro de Esther y la oía gemir y disfrutar.

Las manos de Pedro se posaron en mis nalgas:

— ¿puedo?

No entendí mucho a que se refería, pero asentí con la cabeza involuntariamente y Pedro movió la mano con más libertad por mis nalgas, que separaba y juntaba y amasaba y soltaba. Yo seguía con mi mano en el culo de Pedro, excitado por esa sensación nueva y perversa.

Pedro se levantó de la cama sin decir nada y Esther volvió a ponerse con la espalda sobre la cama boca arriba y volví a prestarle atención. Con sus manos me indicó que volviera a colocarme encima de ella, así que pasé una pierna y volví a sentarme sobre ella. De reojo vi que Pedro cogía un condón y se lo desenrollaba sobre un dedo. Esther me daba masajes con sus manos y yo no dejaba de tocar sus pechos. En un momento dado, Esther me cogió de la nuca para bajar mi cabeza y besarme.

Subió Pedro a la cama y se puso de rodillas al lado nuestro. Lo miré y me besó y yo me dejé besar de nuevo, casi estaba confundiendo quien era quien y no sabía si me besaba Esther o Pedro.

— Cuando quieras parar me dices — me susurró Pedro.

Seguía sin saber que pasaba, pero asentí. En ese momento no podía parar. Yo seguía sobre Esther con las piernas dobladas, noté la mano de Pedro por mi espalda que siguió bajando hasta llegar a mi culo hasta que se detuvo sobre mi ano y empezó a describir pequeños círculos. Yo bajé ligeramente para besar los pechos de Esther y morder ligeramente sus pezones. Era totalmente excitante notar ese dedo en el culo, quería ser penetrado y gemí de placer cuando Pedro me metió un dedo. Me quedé paralizado al notar esas nuevas sensaciones, Esther me besó profundamente y pasó sus dos brazos por mi espalda para entrelazarlos fuertemente para inmovilizarme y eso me excitó aún más.

Pedro me echó lubricante en el ano con su mano libre, estaba frío y giré mi cabeza más por curiosidad que por incomodidad, pero a Esther me dijo

en un susurro:

— Mírame.

Y Pedro volvió a introducir su dedo dentro mío, esta vez más profundo, moviendo lentamente y con delicadeza su dedo que entraba y salía. En un momento dado, metió otro dedo. Esto ya no era tan cómodo, pero era igual de excitante y yo me dejé hacer. Pedro seguía de rodillas al lado nuestro, se dobló para situar su cabeza a nuestra altura y me besó mientras que con sus dedos que seguían dentro de mí los movió de dentro a afuera despacito. Yo seguía inmóvil y notaba que Esther no dejaba de mirarme fijamente.

— Tranquilo, no hagas fuerza. Déjate hacer — me dijo Pedro.

Relajé el ano y efectivamente entraron y salieron sus dedos con facilidad. Estaba totalmente excitado encima de Esther. Gemía de placer al notar los dedos que se movían dentro mío y hacían círculos en mi abertura. El masaje anal siguió y consiguió meter un tercer dedo. Respiraba hondo y me dejaba hacer, pero la incomodidad venció al placer y moví las caderas hacia adelante, apartándome de esos dedos que salieron de mí. Seguía encima de ella.

— ¿Te gusta? Me preguntó Esther — mientras pasaba las manos por mi pecho y relajaba la presión que había hecho hasta entonces.

— Me está encantando

— Venga, fóllame - Me dijo mientras que con las manos empujaba mis piernas hacia atrás.

Me situé de nuevo entre sus piernas que abrió para dejar que la penetrara. Esther estaba tan lubricada que mi pene entró con mucha facilidad. Pedro se había levantado de nuevo de la cama y se situó detrás mío. Lo vi cuando me giré al notar que me ponía más lubricante en mi culo y me ponía una mano en mi hombro.

— Cuando quieras paro. Solo haré lo que tú quieras hacer — Me dijo

Esther me cogió mi cabeza para acercar mis labios a los suyos y me besó apasionadamente y no pude decir nada, volvió a pasar sus brazos por mi espalda y volvió a inmovilizarme como había hecho antes. Sabía que Pedro estaba detrás mío y lo que iba a suceder y tenía muchas ganas que me penetrara, así que basculé mi pelvis para levantar el culo y dejar mi abertura al alcance de Pedro.

Pedro se situó detrás mío y me separó las rodillas. Mi pene seguía dentro de Esther y me quedé quieto, respiraba rápido, el corazón se aceleró y se

me secó la boca. No sabía lo que iba a sentir, nunca me había follado un hombre pero tenía muchas ganas de que lo hiciera. Me quedé inmóvil esperando recibir nuevas sensaciones.

Noté a Pedro detrás mío que movía su polla por la abertura de mi culo. Oh, ¡qué excitante era eso! Giré mi cabeza para mirar a Pedro, parecía muy poderoso visto desde esa posición. Fue Esther movió sus caderas debajo mío que me recordaron que seguía dentro de ella.

— Mírame — dijo Esther jadeando.

La miré y sus brazos hicieron fuerza para inmovilizarme de nuevo. Moví mis caderas para bombear dentro de ella y noté que Pedro separaba mis nalgas y hacía presión para meter su polla dentro mío.

— Relájate — Oí detrás de mí.

Y entró dentro de mí. Me volví a quedar inmóvil. Primero solo noté que el ano cedía y que había entrado y que se quedaba quieto. Luego empujó con fuerza y su polla entraba dentro de mi poco a poco. Notaba su fuerza para penetrarme y eso era muy excitante, y notaba como su pene entraba y entraba dentro de mí. Esther me besaba y mi cuerpo estaba apoyado sobre ella. Volvía a ser ella que movía las caderas porque yo me había quedado paralizado.

Noté el pubis de Pedro en mis nalgas y me di cuenta que había entrado del todo. Los tres jadeábamos de placer.

— Muévete — Me dijo Esther

Y así lo hice. Me movía y notaba como follábamos los tres a la vez, a Esther mi pene y el pene de Pedro que entraba y salía de mí. Todo eran sensaciones espectaculares. Me movía muy poco a poco, más por la polla de Pedro dentro de mí que por follar a Esther. Fue Pedro que cogió de repente las riendas y cogiéndome las caderas cambió su velocidad.

— Aguanta un poco — me dijo Esther volviendo a hacer fuerza con sus brazos que seguían en el abrazo envolvente que me inmovilizaba.

Efectivamente, Pedro empezó a mover sus caderas con más rapidez y ahora parecía que mi ano estaba al rojo vivo, candente como si me lo estuvieran quemando. Era muy excitante notarse usado de esa manera, sentir que das placer y en parte inmovilizado por las manos de Esther. Mi cabeza reposaba sobre la almohada gritando y gimiendo paralizado de dolor y placer por partes iguales. Me corrí de nuevo dentro de Esther, en un orgasmo largo y siguiendo las embestidas de Pedro.

Pedro se corrió dentro de mí, insertando su pene con violencia con un dolor que fue casi insoportable. Los dos gritamos de manera diferente.

Pedro se dejó caer en la cama y yo rodé al otro lado de Esther. Pedro jadeaba y yo me quedé boca arriba. Esther se incorporó para mirarme y me besó en la boca mientras recorría mi cuerpo con la mano. Me besó el cuello y el pecho.

— Que buen chico que has sido — me dijo.

FIN